

Secretario, en lugar de su nombre, cierta palabra de paso, lo que le hizo ser conducido en el acto a la presencia del Pontífice quien «in continenti» conmutó la pena de muerte por la prisión perpetua en San León, lo cual se llevó a efecto en medio del mayor sigilo. A poco desapareció Cagliostro, pero en los registros de la prisión nada se lee acerca de su muerte, por lo cual se cree que huyera de allí y que, como adepto que ha triunfado ya de la muerte misma, continúa trabajando por la gran causa de la libertad y la iluminación del pensamiento.

La verdad es que el sigilo de que habla Helena Petrovna Blavastky, refiriéndose a la conmutación de la pena, no fué tan absoluto, pues en el extracto del proceso, publicado un año después, se inserta el documento por medio del cual el Papa conmutó la pena a Cagliostro. Nada se dice en este proceso del fin que tuvo el mago en su prisión.

Eliphaz Levi, por su parte, expone lo siguiente:

Ya en la cárcel, Cagliostro pidió ser confesado y él mismo designó sacerdote: un hombre que tenía aproximadamente su mismo aspecto y talla. El confesor entró en la prisión y al poco tiempo se le vió salir; algunas horas más tarde el carcelero, al entrar en la prisión, halló en ella el cadáver de un hombre estrangulado: este cadáver desfigurado vestía las ropas de Cagliostro; al sacerdote no se le volvió a ver nunca.

Los amigos de lo maravilloso aseguran que el Gran Copto está actualmente en América y que es allí el pontífice supremo e invisible de los espíritus golpeadores.

Así, pues, puede preguntarse: ¿vive todavía Cagliostro? Seguramente en alguna Logia ocultista existe quien pueda contestar a esta pregunta con verdadera autoridad. Por nuestra parte, en estas notas biográficas, no hemos pretendido en ningún momento invadir con nuestra ignorancia el campo de los misterios que pertenece por completo a los iniciados.—S A L V A D O R R E Y E S.

<https://doi.org/10.29393/At59-14LMMP10014>

La literatura de Mariano Latorre

LA literatura de Mariano Latorre, que ha perseguido el rostro de Chile y los chilenos en las cordilleras y en el mar, tiene ya la importancia de un testimonio cíclico sobre la raza. No hay en Chile ningún escritor de más hondo sentido nacionalista, y los libros publicados hasta ahora por Latorre constituyen un sostenido propósito de recoger esa enérgica, y frecuentemente desconocida, vida chi-

lena. En nuestras tierras americanas donde la obra literaria es floración ocasional y cada escritor se disuelve en impulsos, esta constancia de Latorre significa un hecho ejemplar. Sólo la seguridad en su programa alentó a Latorre en los años difíciles, y aún debió recogerse bajo la campana aisladora de su orgullo y su incontrastable designio artístico en un momento en que cierta estética desvitalizada negó la importancia del esfuerzo criollo y pareció preconizar más bien un fácil extranjerismo en castigado estilo. Gente urbana, que necesita del diario paseo por las calles santiaguinas, no comprendía a este novelista que se perdía meses enteros del correveidile literario, y en el propio campo o el mar chilenos, haciendo la vida de sus personajes labriegos o marinos, gustando abruptos paisajes, distantes de toda ruta de usual turismo, documentaba sus libros.

Pero este problema de la chilenidad de su literatura, no lo ha resuelto Mariano Latorre con la sola documentación (con la libreta de apuntes y la kodak, como dió a entender algún crítico). No se llega a crear con la sola observación si los materiales no adquieren una como germinación nueva en la voluntad del artista y si no se acomodan en una técnica cabal. Este problema de la técnica—ya que a un hombre curioso, andariego e imaginativo como Latorre nunca le faltó el tema—es el que ha tenido que resolver a través de sus últimos libros. Y por una de esas paradojas aparentes que contienen sin embargo una lógica profunda, Mariano Latorre, el más chileno de los escritores nacionales, es también el más acucioso e informado conocedor de la literatura novelística extranjera. Con Mariano Latorre penetran en la literatura chilena influencias que sin alterar la genuina chilenidad del ambiente y los personajes, aportan procedimientos y novedades de técnica. La influencia de las literaturas extranjeras en los escritores anteriores a Latorre, podría explicarse en esta fórmula aproximada: lenguaje español, construcción francesa y, a veces—como en algunos cuentos de Lillo, Maluenda y Santiván—, pasión eslava. En Latorre prevalecen más bien influencias inglesas y nórdicas. Los métodos de la literatura francesa—aunque bien conocidos y admirados por Latorre—no los considera los más recomendables para un país nuevo como Chile, donde la vida social y los grupos humanos no se presentan al observador en la clara estratificación secular de Francia. Nuestra vida americana carece de esa fijeza y continuidad. Y de aquí—por la similitud de problemas: lucha del hombre con la naturaleza aún no bien ocupada, destinos cambiantes, acción siempre des-

viada—el interés de Latorre por las literaturas nórdicas donde la lucha del hombre con los elementos irrumpe con mayor violencia, y por las literaturas de países nuevos o de colonización, como Canadá, Australia, Nueva Zelanda, En dichas literaturas halla el gran estudioso de su profesión que es Mariano Latorre la necesaria comparación y la experiencia del problema resuelto o la tentativa afortunada.

Así la obra de Latorre se nos presenta como un largo estudio y un sostenido esfuerzo por crear, con temas, hombres y paisajes de la tierra, una literatura peculiar. El novelista apartó de su ruta el engañoso miraje de otras novelas chilenas que pretendieron salvar la situación con el pequeño problema sociológico o la ejemplaridad ética, con el héroe de una pieza a quien se le acumulan virtudes y vicios a la medida, o con esa forzada convergencia de todos los personajes a Santiago, donde los rellenos que ofrecía la gran ciudad criolla, el pretencioso cuadro social y los ambientes que conoce todo el mundo, servían para vestir la desnudez de la creación.

En ese papel de descubridor de un Chile escondido en las altas cordilleras y los angostos valles a donde no llegan el tren ni nuestras pequeñas preocupaciones metropolitanas, Mariano Latorre debió sufrir tropiezos y la crítica le anotó la minuciosidad un tanto morosa de su pupila, los largos trechos sin hombres, la curva pendiente—como una cuesta cordillerana—de sus descripciones.

Latorre contestaba a sus críticos diciendo que en la despoblada tierra americana el paisaje absorbe a los hombres. No se acomoda nuestra vida en la organizada colmena o disciplinado enjambre que nos presenta la literatura europea y en la más pequeña acción nuestra—en el roto que se traslada a trabajar de las agrícolas tierras del sur a las salitreras del norte—, se interponen kilómetros de contrario paisaje. Y en el campo chileno que cambiaba su originaria flora arborescente de quillayes, maitenes o litres—los árboles que conocieron a Lautaro—por el eucaliptus y el álamo importados, estudiaba Mariano Latorre, como en un documento, la obra transformadora de la civilización.

Pero las críticas dirigidas contra Latorre—aunque fueran incomprensivas— han contribuido a que el novelista ahonde en otros aspectos del problema y en su reciente libro *Chilenos del mar* nos presente una como nueva solución.

La técnica de *Chilenos de mar* sin duda es más ágil y moderna que la de los otros libros de Latorre. El paisaje queda apretado en rasgos más concisos y el demonio de la diversidad—

que parece uno de los rasgos psicológicos distintivos del chileno y en general del hispanoamericano—es como el *leit-motiv* de la obra. Mar diverso es el de Chile, dice Mariano Latorre en un efusivo prólogo lírico, y produce también hombres diversos. Esos rostros, esas actitudes que impone el mar de Chile a quienes son sus vasallos, están cantados en este libro como en un poema épico. Y se describe la barca del maulino o del chilote, porque él mismo la construyó y es parte de su persona. Un empleado burocrático de una polvosa oficina de Santiago—el finado Valdés—descubre en un viaje ocasional por mar, y cuando desciende en el puerto de Lota a las minas de carbón, un alma activa y profética que no habían consumido los papeles amarillos de sus expedientes. Con esas aventuras del Finado Valdés realiza Mariano Latorre uno de los cuentos de mayor precisión psicológica y más novedosa técnica que se hayan escrito en Chile. Una risa picante como la cebolla del chileno, una risa que rebota al ritmo de la barca maulina, contra las espumas del mar que incansablemente se siguen riendo, surge de ese cuento que llamaríamos rabelesiano si no fuera chilénísimo, «L'olor no más, On Benoist». Y así se juntan como para un viaje en el caleuche fantástico de los mares australes, el pequeño Cabinza de la cara pecosa y los ojos azules, su gato Maigo que es un fetiche de la costa, el piloto Oyarzo y el capitán Suárez, hombres de maniobras y de tempestades. El mar es sobre esos hombres-niños como Cabinza, o viejos como Oyarzo, el chilote, una voluntad plasmatadora. Historias que suelen ir hacia atrás, que se entrecruzan en un ángulo del relato, por una curiosa técnica que se presta a la impresión cambiante del paisaje y las actitudes.

El regionalismo de otros libros de Latorre, estilizado y depurado en éste, llegando a la síntesis (como en ese retrato de Maldonado Silva, en el *Finado Valdés*, apenas insinuado y sin embargo profundamente expresivo) adquiere en *Chilenos del mar* una importancia más general y más puramente artística. Mucho podemos esperar de la renovación del novelista.—
MARIANO PICÓN-SALAS.